

SEMBLANZA

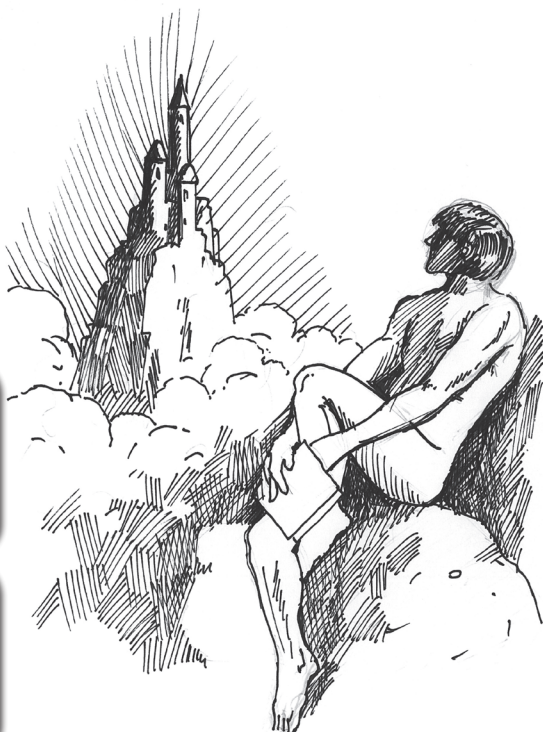
A Johnny, compañero indispensable

Ocampo, Ángel. A Johnny, compañero indispensable. *Comunicación*, 2008. Agosto-diciembre, año/vol.17, número 002. Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 83-85

Ángel Ocampo
Universidad de Costa Rica
aocampo@cariari.ucr.ac.cr

Recibido: 24-VI-08 Aprobado: 03-X-08

Con la publicación de esta semblanza, Comunicación se une al autor para rendirle homenaje póstumo a Johnny Azofeifa Sánchez, profesor de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica y colaborador de la revista Comunicación. Johnny no pudo tener en sus manos la Edición No.1, 2008, de Comunicación en la que aparece su último artículo publicado: "Apuntes sobre la filosofía política de Aristóteles".



PALABRAS CLAVE:

valores, sencillez, humildad, honor, valentía, dignidad.

KEY WORDS:

values, simplicity, humility, honor, bravery, dignity.

Resumen

Se trata de presentar al ser, al humano, al hombre-profesor universitario caracterizado por la puesta en práctica de sus valores: actuar con sencillez, humildad, preocuparse por el otro, el humilde avasallado; ser honesto y actuar con dignidad y tesón según lo dicten la conciencia y los valores que se abrigan, a pesar de toda circunstancia, denunciando la injusticia.

Abstract

To Johnny

Ángel Ocampo

The author presents a university teacher characterized by putting into practice his own values like: simplicity, humility; and care about other human beings, honesty, dignity and tenacity, always disapproving injustice.

Como una amenaza, la muerte raserera deja tras su paso una ausencia que se quiere eterna, zarpe definitivo que desgarrar con su gélido “nunca más”, con un hiriente “se acabó”. Sin embargo, con su temprana y dolorosa partida, Johnny debilita esta cruel amenaza al recordar el lazo que irremisiblemente atraviesa a los seres humanos. Al fin y al cabo, él tan sólo se nos adelantó. Por ello, incapaces de hacerle siquiera mella a la muerte vulgar, los íngrimos Héroes -Superhéroes incluidos- con su engañoso aislamiento perpetúan la opresión tras esa grosera carencia de espíritu a la que llaman trascendencia pura. El heroísmo de Johnny estuvo en mantenerse entre los suyos y entre nosotros con la sencillez del sabio que no transita el falso camino de los héroes criminales.

En los informales encuentros de compañeros de carrera, ya sabíamos que en el momento culminante de la discusión, de algún modo y con cierta picardía, Johnny llevaría el debate al punto donde del bolsillo sacaría su propuesta de esos días: *“al sistema se le derrota con la alegría; el carnaval es un arma revolucionaria”*. Al final, lograba su cometido: subvertía el orden de la actividad y se desataba la fiesta sin culpa.

En el oficio de la docencia itinerante, hicimos dilatadas travesías -Ciudad Neyli, Liberia, Quepos, Puntarenas- durante las cuales me conversaba de las obras recientes en las bibliotecas que serían de mi interés; de su oficio de panadero con el cual, ya a temprana edad y desde las dos de la mañana, se agenciaba el sustento de la familia que amorosamente lo cuidó hasta su partida; con indignación, también comentaba la exclusión social de los PAE’s, y la lucha que se sobrevenía. Con una mezcla de pesadumbre e indignación, varias veces también señaló lo pétreo de una lucha que además de lidiar contra la opresión, también

lidia con la cooptación del sistema: *“¿qué fácil se vendieron algunos?”* –“y barato”, toscamente alguna vez le agregué-. Nunca dijo quienes, pero no fue necesario.

Recuerdo haberle dicho que no les pudo ser difícil porque nunca cambiaron; siempre fueron así y siempre estuvieron ahí, en esas mismas tiendas que luego levantaron al otro lado de la calle. Sedientos de figurar, no de ayudar, antes y ahora maltratan al otro enarbolando un revolucionarismo de cafetín, ayuno de las condiciones reales del pueblo al que invoca; con afán desmedido se lanzan -antes y ahora- sobre cuanto pasarela aparezca, a decir lo mismo en distinto orden, una y otra vez. Este ego infinito que apela a la víctima contra la que se ensaña, instrumentalizándola en un vacío proyecto de redención de los humildes que no soporta ni ver, se suma a las condiciones opresivas con las que la víctima ingratamente carga. Junto al individualismo de mercado, esta pose del tipo ‘yo-contra-el-mundo’, cúmulo de odio y rencor solapado contra los humildes, esconde tras pueriles egolatrías que no conocen de las privaciones reales que empujan a quienes luchan, no por esnobismo sino por necesidad, una subyugación idolátrica por los poderosos en los que anhela ser reconocido.

Contrario a la indolencia y fogoso como fue, Johnny no malgastó sus energías en quejas y reclamos por su suerte; reclamó, eso sí, por la suerte de los otros en los que se sabía incluido. La valentía con la que enfrentó el dolor indecible, provocado por su severo quebranto de salud, no mermó su persistente y genuina denuncia por un mundo que se ha gestado sobre las espaldas de aquellos a los que precisamente les da la espalda. Fue una mezcla poco común de dignidad y humildad, de honestidad y tesón, propia de un com-

pañero indispensable y heroico, de quien acompaña de modo fraterno y para quien fue ajena la ‘sensibilidad’ excluyente del ‘yo sí, usted no’; por el contrario, su actuar fue un terco testimonio de la sensibilidad inclusiva del ‘yo sí, usted también’.

Con sus modos sencillamente afales, propios de la cortesía auténtica y sincera, rechazó todos estos años el ofrecimiento de una ayuda para obtener la jubilación por incapacidad a la que tenía derecho. *“Venir a la universidad es mi vida”* –fue su respuesta en todos estos años. Este año, a nuestro reiterado ofrecimiento, su respuesta varió. Con un cansancio evidente manifestó, *“cuando ya no pueda les avisaré”*. Mientras tanto, con impotencia acomodábamos su labor académica en una jornada en la que pudiera atender sus citas con la diálisis, con los grupos que estuviesen en los edificios con menos barreras arquitectónicas, y al final, cambiándole algunas clases por otras labores que no le exigieran el desplazamiento que en los últimos tiempos se le había convertido en un suplicio.

Muchos recordarán aquella vez que en un debate en el Auditorio de la Escuela de Estudios Generales, alzó su voz contra una alocución gratuita de uno de los panelistas -a la sazón ministro de gobierno-, quien a propósito de nada y de manera chapucera -como siempre- arremetió contra la revolución cubana. *“No está en una plaza pública sino en una universidad”* –le gritó ofendido, y levantándose de su asiento, al otrora señor ministro, y a la corte de guardaespaldas que se movilizaron en el Auditorio. Siempre mantuvo su visión de una universidad lúcida, generadora de conciencia crítica; le indignaba que en ella se albergaran los lugares comunes y las tontuelas proclamas que lamentablemente imperan en eso que llaman ‘opinión pública’.

En la que fue mi última visita, horas antes de su muerte, adquirí un compromiso que ahora honro. En medio de su lucha titánica contra el aletargamiento de las drogas inútiles y el dolor infame que lo tenía sin dormir ni comer ya casi por una semana, Johnny nos demandó -con todo derecho- que denunciáramos la deshumanización del sistema hospitalario. *“Me han tratado como un perro”* –insistió. Con enormes esfuerzos al fin puntualizó: *“Otros pacientes me dan el auxilio que los enfermeros me niegan. Me dicen que se les olvidó. ¡Se les olvidó! No fue sólo Memito, un ex alumno mío. ¡Es que ningún enfermero atiende mis súplicas!”* Ya exhausto, redobló esfuerzos y concluyó: *“¡si eso me lo hacen a mí, que saben que soy profesor universitario, qué no están haciendo con la gente humilde! A unos campesinos que venían de Guanacaste los dejaron ahí tirados. Yo quiero que esto se sepa. Quieren privatizar la seguridad social”*. Hasta en su última hora, consecuente hasta su último aliento y con fortaleza infinita, Johnny denunció lo que tanto le indignaba: el avasallamiento del que son objeto los humildes.

Si su cuerpo agotado hasta el último aliento ya no pudo más, nosotros hoy podemos prestarle generosamente el nuestro, y albergar ahí, ese su espíritu llanamente bueno, para que crezca fecundo y vigoroso. Cuando logremos testimoniar en nuestras vidas algo parecido a su humildad y valentía, a su tesón y sinceridad, extirpando toda arrogancia y agresión al otro real y concreto, la muerte cobarde habrá sido derrotada. De lo contrario, Johnny nos habrá pasado inadvertido, y nuestra pobre espiritualidad, ya desnuda, tristemente mostrará que los muertos hemos sido nosotros.

